

Salud y Familia

## La esperanza, un bien que debemos alcanzar.

Lic. Teresa Lozano Ramírez

### El dinamismo de la esperanza

Hay un refrán que dice: “mientras hay vida, hay esperanza”. Lo cual equivale a decir que la esperanza forma parte de la esencia del hombre y es inseparable de su existencia

La esperanza es una de las tres virtudes teologales y, siguiendo a Santo Tomás, se puede considerar como un hábito operativo, infundido por Dios en la potencia del alma, para ponerla a obrar según el dictamen de la razón, iluminada por la fe.

La esperanza es uno de los potenciales del ser humano, el cual debe ser desarrollado: este proceso se lleva a cabo en tres tiempos, por así decirlo:

- El primero sería la visualización o el conocimiento de un bien por sí mismo apetecible y provechoso para nosotros en lo personal y en lo social.
- En segundo lugar, sería la distancia que existe entre ese bien que deseamos y lo que nos separa del mismo.
- Y por último, lo que necesitamos hacer y tener para alcanzar ese bien. Todo esto es un ejercicio intelectual, que se convierte en un acto de la voluntad: en ese momento, en el que decidimos esforzarnos haciendo lo posible por alcanzarlo, es cuando nace la esperanza.

En otras palabras, en el momento en que todas las facultades humanas se concentran en la esperanza, aparece como virtud necesaria la perseverancia, que viene a ser una especie de convicción profunda de alcanzar o lograr lo que la misma esperanza definió como el bien que debe alcanzarse.

### La pérdida de la esperanza

La esperanza como valor humano suele perderse por dos causas: la desesperanza y la indiferencia. Es entonces, cuando debemos retomar los valores o las virtudes necesarias para vencer los obstáculos, como la adversidad, la duda, la tribulación, etc. Pero si nos amparamos en otros valores como la libertad, la verdad y el amor, entonces nuestra esperanza se consolidará. Y nosotros seremos hombres de esperanza, lo cual significa lucha, trabajo, constancia, ganas de seguir adelante y voluntad por superar todos los obstáculos.

### El objeto de la esperanza

El objeto de la esperanza puede ser muy grande y sublime, como llegar ante la presencia de Dios; hasta muy pequeño, pero igualmente útil y bueno, como el bien familiar y social. Por lo tanto, todos podemos ser hombres de esperanza y debiéramos serlo, al menos en cuanto a la lucha por adquirirla.

Cuando muchos de nosotros poseemos una misma esperanza, en ella nos hermanamos, y, por ella, compartimos también todos los trabajos para alcanzar nuestro objeto, cooperando con lo que nos corresponde aportar. Si, además, conjuntamos nuestros talentos e inteligencias en una rectitud de intención y de fe, entonces no habrá límites para la esperanza, lo que fortalecerá todos los valores del ser humano.

Pero también hay objetos de esperanza que son malos y que, entonces, corrompen este valor. Tales son los casos de quienes desean enriquecimientos injustos, abusando del prójimo, explotando los recursos naturales o destruyendo los valores culturales, para ejercer un poder; o la mentira y el engaño, para dar viabilidad a una esperanza que no es buena, etcétera.

En cuanto a los objetos de esperanza, pueden ser muy diversos: cosas, deseos, ilusiones, metas, etc. Sin embargo para que algo sea objeto de esperanza debe reunir algunas condiciones:

- Que sea *un bien* (un mal no lo esperamos, lo tememos).
- Que sea *futuro* (lo que ya tenemos no lo esperamos, lo disfrutamos).
- Que sea *necesario* (un capricho no lo esperamos, se nos antoja).
- Que sea *posible* (lo imposible no lo esperamos, nos desespera).
- Que sea *difícil de conseguir* (lo que esta a nuestro alcance no lo esperamos, lo codiciamos).

### **Educar desde los valores**

La mejor herencia que pueden dejar los padres a sus hijos son un conjunto de valores, que primero hayan sido vida y guía continua de los padres en su trayectoria existencial y luego transmisión a los hijos desde la vivencia, el testimonio, la sugerencia y el contagio.

Es un reto para los padres el lograr educar a los hijos a partir del ser y no del tener. Y es claro que lo que más influenciará a los hijos, es el vivir en una familia donde lo primordial no está en la acumulación de bienes materiales, sino en vivir los valores personales.

Uno de estos valores es la esperanza. Es tener valor y aguante, confianza en el futuro, esfuerzo y dinamismo. En la familia se cultiva la esperanza cuando se comparten las dificultades y se da ánimo, cuando se confía plenamente en el otro, cuando se apoya al más débil y cuando se está dispuesto a comenzar siempre de nuevo.

Es en el seno de la familia donde aprendemos a confiar, tener esperanza y abandonarnos a Dios; y son los padres los que, con su testimonio de vida, pueden enseñar a sus hijos a cultivar esta virtud, la cual transforma las actitudes del ser humano en alegría y optimismo ante las dificultades de la vida.

La familia debe ser la primera escuela de las virtudes humanas. Es el lugar oportuno donde se trata de desarrollar, y ayudar a desarrollar en los demás, lo que es más natural la intimidad de cada uno.

Para poder desarrollar la intimidad, y por ello la libertad personal, hace falta llegar a conocerse y conocer las potencialidades, para desarrollar la mejor posible de cada uno. Para el desarrollo y la mejora del ser humano es necesario auto-conocerse, para auto-poseerse, para entregarse. Precisamente se puede decir que la madurez humana del hombre es el resultado del desarrollo armónico de las virtudes humanas y este desarrollo armónico es difícil conseguir sin contar con la familia.

Si la esperanza es un hábito operativo infundido por Dios en la potencia del alma, y este hábito nos anima a obrar según el dictamen de la razón iluminada por la fe, es precisamente la fe de nuestros hijos por la que debemos velar, para que sea ella el principal motor que les impulse a tener esperanza aún en los momentos más difíciles. No se trata de quitar importancia a los problemas que padecen. Si tienen importancia, hay que dársela. Se trata,

sin embargo, más bien de invertir la perspectiva: no ver toda la vida a la luz de esos problemas, sino ver los problemas a la luz del conjunto de toda su vida.

### **La esperanza cristiana**

Dios es el sujeto, el autor y el dador de la esperanza. Dios es el contenido final de nuestra esperanza, pero "final" no quiere decir "único". La esperanza cristiana no suprime las esperanzas humanas, sino que las presupone y perfecciona.

La esperanza es la gran virtud de los tiempos difíciles. Juan Pablo II dice: "El Espíritu Santo no deja de custodiar la esperanza en el corazón del hombre: la esperanza de todas las criaturas humanas y especialmente de aquellas que poseen las 'primicias del Espíritu' y 'esperan la redención de su cuerpo'."

Santo Tomás enseña que es la oración del Padre Nuestro la que nos enseña la esperanza, porque allí están todos los deseos que el Señor pone en nuestro corazón y que rectamente podemos anhelar: "santificado sea tu nombre", "venga tu reino", "hágase tu voluntad", "danos el pan de cada día", "perdona nuestras ofensas", "no nos dejes caer en la tentación", "líbranos del mal". Podríamos decir que la oración es un termómetro de nuestra esperanza.

Si el optimista no ve la cruz y el pesimista ve únicamente la cruz, el cristiano ve la cruz, pero también más allá de la cruz. Por eso, puede esperar - como decía San Pablo - "contra toda esperanza" (Rom 4,18). Es necesario descubrir los diversos signos de resurrección que existen bajo las apariencias de muerte. Todo puede ir peor, en nuestra vida personal y en la sociedad; se pueden desmoronar nuestras expectativas y venirse abajo nuestras seguridades; llegará quizás la oscuridad, el dolor, la vejez. Lo importante en tales casos es que "el hombre interior", que vive de la fe, no se desmorone y se renueve de día en día (2Cor 4,16).